Idomeni: en el borde entre Grecia y Macedonia

© Pablo Tosco/Oxfam Intermón

- *La decisión de cerrar el paso fronterizo entre Macedonia y Grecia a personas de ciertas nacionalidades ha dejado a muchos migrantes y refugiados aún más a la deriva y sin ninguna opción segura de paso*

- *"Nuestra experiencia nos dice que las alambradas, la intimidación de la policía o el cierre de fronteras sólo empuja a las personas migrantes a rutas más peligrosas", dice Paula San Pedro, responsable de incidencia en acción humanitaria de Oxfam Intermón*

- ***(Publicado en eldiario.es – 1/03/2016)***

Cada día llegan a las costas de la pequeña isla de Lesbos (Grecia) botes con unas 50 personas refugiadas o migrantes procedentes de Turquía que huyen de la guerra o de la pobreza.

Tras pagar a los traficantes cantidades que rondan los 1.000 euros por persona (800 euros si son más de 60 o si hace mal tiempo), arriesgan su vida en un peligroso viaje sin garantías.

Salen con salvavidas de dudosa calidad, sin ninguna noción de conducción, muchas veces de noche y en condiciones meteorológicas adversas.

Una mujer de Siria recién llegada a una playa de Lesbos.
Algunos refugiados tienen la suerte de llegar a playas donde les esperan grupos de voluntarios de toda Europa. Otros, llegan a acantilados inhóspitos y solitarios. Más de 4.000 se ahogaron en estas aguas en 2015

Miles de salvavidas esperan en la isla de Lesbos para ser destruidos. Detrás de cada uno de ellos está la historia de una persona que ha arriesgado su vida para llegar a Europa

STOP DEPORTATION

Pintadas en el exterior del campo de refugiados de Moria, en la isla griega de Lesbos.
En la imagen, la gente que ha salido del campo se dirige al puerto, donde quieren coger el ferry que les llevará a Atenas y luego a Idomeni, para cruzar la frontera con Macedonia.
El campo de Moria acoge a las familias refugiadas o migrantes que llegan a Lesbos.
Aquí tienen que registrarse para cruzar Grecia y seguir su camino hacia la próspera Europa.

Las ONG ayudan proporcionando casas para pasar la noche, duchas, baños y espacios habilitados para mujeres y niños, además de productos útiles para el viaje como sacos de dormir, zapatos, ropa de abrigo, pañales, kits de higiene, chubasqueros o linternas.

Unas mujeres esperan en el campo gestionado por voluntarios Better days for Moria, en Lesbos (Grecia).

Contiguo al campo de Moria donde solo pueden entrar familias, está este otro campo organizado por voluntarios de todo el mundo que da apoyo a todas las personas que llegan a la isla, vayan o no acompañadas y sea cual sea su nacionalidad. Ofrecen comida caliente casi a todas horas, ropa e información básica para hacer la ruta de los Balcanes. Además, disponen de varias tiendas para aquellas personas que necesiten pasar la noche

Un grupo de afganos duerme en los sofás del ferry que va de Lesbos a Atenas. Las personas refugiadas y migrantes que llegan a Lesbos cogen este ferry y al llegar a Atenas suben hasta Idomeni, donde cruzan la frontera entre Grecia y Macedonia. En el ferry se mezclan las personas que buscan refugio con los turistas o con habitantes griegos

Unos chicos esperan a que la policía griega revise sus papeles y les deje cruzar hacia Macedonia. Al otro lado, les espera el control de la policía de Macedonia.
Idomeni es el pueblecito griego de 150 habitantes a donde llegan entre 1.000 y 3.000 refugiados y migrantes de media cada día con la intención de que les autoricen a cruzar, a pie, al lado macedonio.
El paso de frontera se abre y se cierra aleatoriamente, por lo que, a menudo, la gente se acumula en esta zona inhóspita, donde por la noche se alcanzan en invierno varios grados bajo cero. Desde mediados de febrero de 2016 solo pueden cruzar sirios e iraquíes. Como consecuencia, las otras nacionalidades, como afganos, paquistaníes, marroquíes o argelinos, se quedan aquí bloqueadas.
Las ONG reparten comida varias veces al día y han habilitado un espacio con literas y con baños, con capacidad para 1.500 personas, a todas luces insuficiente para acoger a toda la gente que llega a este punto.

Y. (18 años), de Agadir (Marruecos). “Es muy frustrante que solo los sirios tengan derecho a pasar”. No quiere revelar su nombre ni mostrar su rostro porque teme que la policía griega lo encuentre y lo devuelva a su país, Marruecos.

Él forma parte de las nacionalidades que tienen vetado cruzar los Balcanes y lleva un mes y medio estancado en Grecia y sin papeles, sin poder avanzar ni retroceder.

Agobiado por la falta de trabajo en su país de origen, y con muchas esperanzas por parte de su familia para que tuviera una vida mejor en Europa, cogió un avión hasta Turquía, país donde los marroquíes no necesitan visado.

Esa misma noche se embarcaba en un bote con dirección a Grecia. Como hacía mal tiempo, logró pagar menos de lo habitual, 750 euros en lugar de 1.000. Al llegar a Lesbos descubrió que no sería fácil seguir su camino.

Entonces solo sirios, afganos e iraquíes podían cruzar la frontera con Macedonia. Pero él no pensaba rendirse. Consiguió papeles falsos por 100 euros y pagó el combinado de ferry y bus hacia Idomeni, paso fronterizo entre Grecia y Macedonia. Sin embargo, la policía detectó rápidamente que no era sirio como decían los papeles. Los rompió en pedazos y le espetaron un “vete de aquí”.

Desde entonces pulula por los alrededores del campo de Idomeni. Los voluntarios que trabajan cerca del campo le dan comida y soporte psicológico. Como él, hay cientos de jóvenes esperando en Idomeni a poder cruzar aunque sea de forma ilegal. “Solo quiero una vida mejor”, concluye.

Los refugiados y migrantes que llegan a Atenas y no tienen suficientes recursos para seguir su camino a través de los Balcanes se dirigen a la céntrica plaza Victoria.

Los más afortunados esperan aquí entre 2 y 3 días a que sus familiares les envíen dinero; otros, rondan por esta plaza durante meses, mientras buscan maneras para cruzar a Macedonia aunque sea ilegalmente. ONG locales trabajan para proveer de ayuda básica a las personas que se quedan aquí

Mohamed (23 años), de Argelia. “Intenté ir a Europa por vías legales”.

Duerme desde hace casi un mes en una tienda de campaña en Atenas, en un parque concurrido por drogadictos cerca de la plaza Victoria, donde acuden la mayoría de personas refugiadas y migrantes que llegan a la capital griega y que no tienen recursos para seguir su camino. Entre ellos, hay muchos jóvenes como Mohamed, procedentes de Argelia.
“Yo quiero mi país, pero no su gobierno”, sentencia.

Su nacionalidad es una de las muchas que tienen prohibido cruzar Macedonia, Serbia y Croacia y Eslovenia, paso imprescindible para llegar a Francia, donde le espera su novia, hija de padre argelino y madre francesa, que actualmente está estudiando en París. Intentó llegar a Europa por vías legales, pidió el visado para España y para Francia, pero en ambos casos se lo denegaron.

Entonces decidió llegar por vías más peligrosas, como cruzar el mar. Ya en Grecia intentó cruzar la frontera con Macedonia con papeles falsos, pero le devolvieron a Atenas.
Le han dicho que por 2.000 euros podría esconderse en un tractor que lo llevaría a Alemania, pero él no tiene tanto dinero. Habla regularmente con sus padres y les miente:

“Digo que estoy bien, no quiero que se preocupen por mí”, asegura este chico que consigue comer caliente y ducharse regularmente en un centro de Cáritas que da apoyo a jóvenes como él.
Ahora, lo que más miedo le da es que le coja la policía. “No quiero volver a Algeria, eso sería lo peor